



Holm-Detlev
Köhler

Adiós, socialdemocracia

El «cambio» del Gobierno no significa más que rematar una faena empezada por los Gobiernos de Aznar y magistralmente llevada a su culminación por los Gobiernos de Zapatero. Mucho más dramática resulta la acumulación de noticias como «absolución de Camps», «juicio contra Garzón por una querrela de Falange Española», «sobresaliente cum laude con su tesis sobre la regeneración democrática para Camps», etc.

Pero me voy a dedicar a un tema de mayor calado por su duración, profundidad y ámbito territorial. También aparecen estos días en los medios noticias sobre congresos y asambleas del PSOE. En ningún caso ello implica debate programático o de contenido. Las actividades del PSOE se han reducido a celebrar actos electorales para conocer quién se ha manejado con más habilidad en el mar de intrigas y luchas internas de «barones», «familias» y «sectores», buscando líderes mediáticos para un partido vacío.

Esta tendencia no es ninguna particularidad española; solo la rapidez con la que el partido ha perdido todas sus esencias lo diferencia de sus homólogos británico, alemán, austriaco o francés. Las socialdemocracias escandinavas tampoco se salvan de la tendencia al vaciamiento político, solo que sus administraciones funcionan todavía algo mejor y mantienen cierta capacidad de recaudación para financiar servicios públicos. ¿A qué se debe este declive de la socialdemocracia y cuáles son sus consecuencias?

Ya en 1911 el sociólogo alemán Robert Michels formuló su «ley de hierro de la oligarquía» analizando el SPD alemán, el primer partido de masas de la política moderna. Según esta ley, la concentración del poder en

una pequeña elite crece en la medida del tamaño de la organización. Los grandes partidos y sindicatos se burocratizan y se vuelven conservadores. Setenta años más tarde, el gran pensador liberal Ralf Dahrendorf añade otra variante sobre el fin de la socialdemocracia. En los años ochenta, afirma Dahrendorf, habríamos llegado al fin del «siglo socialdemócrata» con la implementación del Estado de bienestar, el sufragio universal, la igualdad de derechos, educación y sanidad para todos. Todos los Gobiernos europeos occidentales, socialdemócratas o no, seguían el guión socialdemócrata hasta su final en los años setenta. Con la crisis del keynesianismo y la globalización vuelve un nuevo liberalismo, que obliga ahora a los partidos socialdemócratas a seguir los guiones del neoliberalismo.

Finalmente fue Ignacio Ramonet en *Le Monde Diplomatique* (marzo de 2010) quien habla del fin de ciclo socialdemócrata. «Navega a tuestas, sin brújula y sin teoría; da la impresión de estar averiada, con un aparato dirigente enclenque, sin organización ni ideario, sin doctrina ni orientación... Y sobre todo sin identidad». La triste evidencia nos enseña que la socialdemocracia ha dejado de ser una alternativa al neoliberalismo hace ya tiempo.

La socialdemocracia nunca ha sabido gobernar. Durante unas pocas décadas, los socialdemócratas vivían sentados encima de una burbuja de ingresos crecientes que permitía la financiación de una administración expansiva y unos servicios sociales generosos. Pero esto no les diferenciaba fundamentalmente de los Gobiernos conservadores y conllevaba, además, el aprendizaje de una cultura política basada en el clientelismo, el enchufismo, el despilfarro y un estrecho entrelazamiento entre admi-

«La socialdemocracia ha dejado de ser una alternativa al neoliberalismo hace ya tiempo»

nistración pública, aparato del partido y algún sindicato/fundación/asociación afines. Cada vez más consejos, fundaciones y organismos semi-públicos surgieron alrededor de los Gobiernos socialdemócratas absorbiendo cantidades de recursos que escaparon del control y aumentaron el número de amigos e intereses particulares a atender. Desde entonces, los socialdemócratas se dedican con oportunismos y populismos a defender lo que erróneamente consideran suyo: el control de administraciones y recursos públicos.

Desde luego, este problema es común a todos los Gobiernos, solo que la derecha puede prescindir de la política social mientras a la izquierda se le vota para que gobierne, regule, redistribuya, etc. Pero para regulaciones eficaces e intervenciones inteligentes se necesita una administración con personas bien formadas, formas de organización ágiles y participativas que tomen decisiones transparentes. En su defensa de lo público queda así como tonta, defendiendo privilegios de unos cuantos y la resignada vaguedad de otros muchos. Con todo esto no quiero decir que desaparezcan los partidos socialdemócratas o que no puedan ganar elecciones en el futuro, sino que sus victorias electorales son consecuencia del hartazgo con otros Gobiernos y no llevan a ninguna política socialdemócrata de verdad. ■